

Del nacionalismo y México. Un ensayo

Mauricio Tenorio Trillo

El estudio de la historia mexicana me ha llevado a reflexionar acerca del nacionalismo.¹ Lo que sigue es un resumen de mis reflexiones, un intento cuasipersonal de concluir algo sobre un asunto tan controvertido y sensible como el nacionalismo y sus temas relacionados. Pero mi punto de partida —la historia— es ya una afirmación: naciones y nacionalismo son materia de la historia, no una cuestión de esencias culturales, biológicas o divinas. Éstas son, pues, mis reflexiones, inspiradas en la historia mexicana, pero dirigidas hacia el estudio más amplio del nacionalismo.

I

Creo que, desde la década de los ochenta del siglo pasado hasta la de los veinte del presente siglo, en México se consolidó una estructura nacionalista duradera que condensó el largo proceso de prueba y error cuyo origen se remonta al siglo XVIII. Aunque era una condensación durable, esta infraestructura no fue definitiva, sino sólo otro intento más. El desarrollo de una imagen nacional mexicana en los tiempos moder-

Profesor-investigador de la División de Estudios Internacionales, CIDE. Traducción del inglés de Lorena Ruano.

¹ Mis opiniones se derivan inevitablemente de mi investigación acerca de la imagen de México entre las décadas de los ochenta del siglo pasado y los años veinte del presente. Véase Mauricio Tenorio, *Crafting a Modern Nation: Mexico's Presence in World Fairs, 1880's-1920's*, Berkeley, en prensa, 1996.

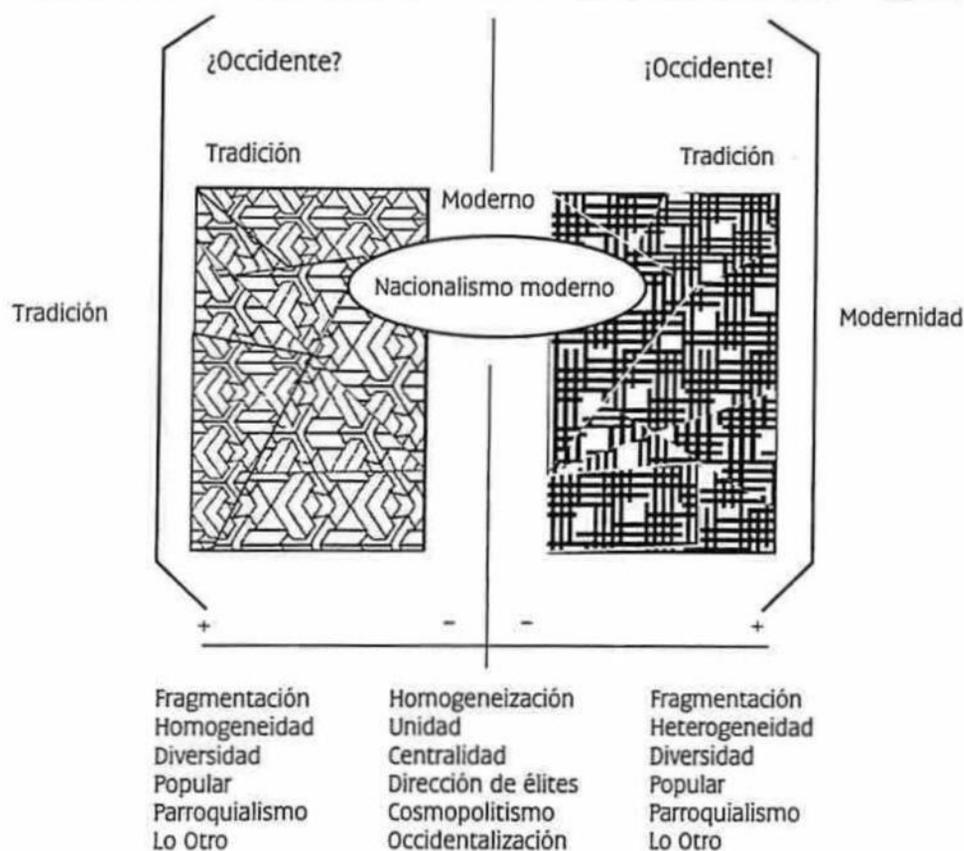
nos incluía una piedra angular histórica (esto es, el pasado indígena y una estructura fundacional épico-mítica), una definición racial (ya fuese criolla o mestiza), propiedades naturales (la belleza de la tierra y su productividad), una posición económica (protección de una burguesía nacional, captación de inversión extranjera, inmigración y reconocimiento económico internacional), y la búsqueda de una cultura cosmopolita. Estos aspectos no eran más que una expresión particular del fenómeno global del nacionalismo moderno.

En los tiempos modernos, el nacionalismo se volvió anacional e inevitable. En esencia, el nacionalismo no era un producto puramente interno, tampoco una fuerza cultural productiva. Constituía un fenómeno global complejo, una fuerza moldeadora que, en vez de dar lugar a un fenómeno cultural nuevo y original, reorientó, revitalizó y reorganizó los rasgos culturales ya existentes, confeccionando una ideología abarcante que fue asumida como si fuera una producción histórica única y natural. Es decir, el nacionalismo moderno surgió como una voluntad escultórica que reesculpió las materias primas que se había apropiado: tradiciones, costumbres, ideas sociales y científicas, e historia. Como resultado, vivimos en un mundo de naciones nacionalistas, en el que cada una parece ser un producto inimitable y excepcional del mismo escultor.

En esencia, el nacionalismo, como concepto moderno, tiene connotaciones de centralización política y cultural, de homogeneización y de adaptación constante a ideas, tecnologías y circunstancias nuevas. Una vez desarrollado, el nacionalismo se convirtió en un requisito cuasitológico de la modernidad. Esta homogeneización ocurría generalmente dentro de (o con la intención de lograr) las fronteras físicas e históricas de los estados-nación modernos y, por consiguiente, el nacionalismo se vincula con frecuencia a la formación del Estado. Así, el nacionalismo se relaciona tanto con la *patriae* (entendida como sentimientos de pertenencia y apego a un sitio, tradiciones y cultura particulares), como con el Estado, pero puede diferir de ambos.²

Aunque el retrato de una nación moderna siempre la presenta como homogénea, natural, dominante, civilizada y resultado histórico genuino, de hecho una nación moderna es una expresión particular del *continuum* de interacciones de los componentes principales del nacionalismo moderno: el juego entre tradición y modernidad, tendencias

² Varios autores estimularon estas reflexiones en torno al nacionalismo. Para una lista completa de ellos, véase Tenorio, *op. cit.*



occidentales y no occidentales, intereses y expresiones populares y elitistas. Así pues, se podría ver al nacionalismo moderno como el espacio, constituido históricamente, donde cada Estado-nación, nuevo y viejo, trata de desarrollar una síntesis de historia, cultura y tradiciones que pueda presentarse como única pero universal. Los parámetros universales están dictados, por supuesto, por el modelo dominante de nación moderna que ha estado ascendiendo en la historia occidental desde la Ilustración. Sin embargo, el nacionalismo moderno está lejos de ser una ideología "dominante" homogénea y estable. Se trata en realidad de un complejo espacio ideológico y cultural donde todas las naciones tratan de definirse a sí mismas por medio de afirmaciones o negaciones, y en el que modernidad y tradición, rasgos elitistas y populares, adentro y afuera, pierden sus definiciones cristalinas. Para ser esquemático, el nacionalismo moderno se puede concebir gráficamente según la figura.

El nacionalismo, entendido como un resultado histórico moderno, con una ruta histórica diferente a la seguida por las nociones de iden-

tividad y ciudadanía, fue articulado por élites occidentales. Es decir, nuestra conciencia del siglo XX nos hace creer que, al hablar de naciones modernas, nos referimos a territorios, culturas y sociedades enteros. En realidad, con el término naciones nos referimos sólo a este escenario central (véase la figura) en el que el nacionalismo moderno se ha debatido y que ha pasado por una multipartición histórica impresionante, dando nacimiento a todas las naciones modernas. Por tanto, la idea misma de nación, ya sea popular o elitista, se ha vuelto inseparable de este escenario central, de tal forma que los proponentes no occidentales de unidades alternativas geográficas o culturales, o las alternativas populares de organización social, no tienen otra manera de presentar sus propuestas, más que refiriéndose a ese escenario central. Por eso, casi todos los movimientos nacionalistas nuevos —sean populares o étnicos— no son un rechazo total de la idea central del nacionalismo, sino un intento de comenzar un nuevo ciclo de nacionalismo, una nueva partición; se proponen crear una unidad histórica nueva que represente una alternativa a las formas viejas de nacionalismo, pero sin dejar de ser lo que modernamente se entiende por nación.

Sin embargo, existe el ámbito de lo fragmentado, lo interno, lo tradicional y lo popular; la esfera en la que los sentimientos de pertenencia interactúan con las nociones centrales de nación; en la que entran en conflicto y negociación las visiones culturales alternativas, la mayoría de las veces, en relación con los parámetros universales dispuestos por el nacionalismo como fenómeno global.³ Puesto que el nacionalismo se ha vuelto indiscernible de la búsqueda de identidad, y puesto que este ámbito es tanto parte de la nación moderna como lo son sus ciudades capitales, se tiende a pensar que las nociones alternativas y reales de nación se encuentran en este ámbito. Pero la nación “real” no está en la arena central donde se debate el nacionalismo moderno, ni en el nivel local popular en el que pueden interactuar varias ideas de la nación (que a menudo comparten referencias con el espacio

³ Para estudios sobre el nacionalismo en la arena de lo popular y lo fragmentado, véase, para México —entre los más lúcidos— desde una perspectiva sincrónica antropológica, Claudio Lomnitz, *Exits from the Labyrinth*, Berkeley, 1993; Guy P. C. Thompson, “Movilización conservadora, insurrección liberal y rebeliones indígenas, 1854-1876”, en Antonio Annino (ed.), *América Latina: Dallo Stato Coloniale allo Stato Nazione*, vol. II, Turín, 1987, pp. 592-614; del mismo autor, “Bulwarks of Patriotic Liberalism: The National Guard, Philharmonic Corps and Patriotic Juntas in Mexico, 1947-1988”, *Journal of Latin American Studies*, núm. 22, febrero de 1990, pp. 31-68; y los excelentes trabajos de Alan Knight, “Popular Culture and Revolutionary State in Mexico, 1919-1940”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 74, núm. 3, 1994, pp. 393-445; y “Peasants into Patriots. Thoughts on the Making of the Mexican Nation”, *Mexican Studies / Estudios Mexicanos*, vol. 10, núm. 1, 1990, pp. 135-162.

central de discusión). Para incluir, excluir y centralizar, ha entrado en juego el poder en la composición histórica del nacionalismo; y a raíz de esto hay víctimas y victimarios. Sin embargo, gradualmente, se ha vuelto más difícil distinguir a un grupo de otro, porque lo moderno del nacionalismo descansa en su carácter omniabarcante. Si las naciones modernas son "comunidades imaginarias", la gente que no participó en esa imaginación no tiene necesariamente la idea real de nación, porque la falsedad del nacionalismo no está en algunas y no en otras formas de "comunidades imaginarias", sino en el intento mismo de crear cosa tal como una comunidad nacional. De hecho, el debate en torno a las naciones adquiere en este punto características similares a las antiguas discusiones sobre Dios. Debatir la falsedad o verdad de las naciones es como discutir qué aspecto tiene Dios en realidad. En nuestra era posnietszcheana, Dios ha muerto, y lo entendemos; sin embargo, asumimos su existencia, es parte de nuestra comprensión del mundo, pero no nos atrevamos a hablar del verdadero y el falso Dios.

II

Los estudiosos debaten en torno a los orígenes del nacionalismo, pero su genealogía final es inalcanzable. Cuando tratamos el nacionalismo en lugares como México, lidiamos con un nacionalismo poscolonial del siglo XIX y, para este tipo de nacionalismo, es engañoso hablar de orígenes claros, pues en sí mismo es resultado del imperialismo y la globalización. De todas maneras, lo que generalmente se acepta es que el nacionalismo es una parte inherente de la modernidad y que, en el siglo XIX, se convirtió en un fenómeno abarcante cuyo centro y foco original se volvió difuso y oscuro.⁴

Por largo tiempo, la apreciación del nacionalismo ha mantenido una especie de aprobación del "buen tipo" de nacionalismo, nacido en Europa, liberal y democrático.⁵ Algunos han argumentado⁶ que nacio-

⁴ Claro que hay autores que no están de acuerdo con esta afirmación. Por ejemplo, véase John Breuilly, *Nationalism and the State*, Chicago, 1982.

⁵ Véase, por ejemplo, John Plamenatz, "Two types of Nationalism", en Eugene Kameka (ed.), *Nationalism: The Nature and Evolution of an Idea*, Londres, 1976; y Liah Greenfeld, *Nationalism: Five Roads to Modernity*, Cambridge, Mass., 1993. Para una visión optimista del nacionalismo como una forma de mantener "buenas" "comunidades de memoria", véase Daniel Bell, *Communitarianism and its Critics*, Oxford, 1993.

⁶ Véase, por ejemplo, Liah Greenfeld, *op. cit.*

nalismo y democracia son gemelos de la historia y, por tanto, la adopción de la democracia implicaba una predisposición "genética" o una "mutación" de la identidad nacional. Sin embargo, el liberalismo, varias formas de comunitarismo, la democracia y el nacionalismo han seguido cada uno rieles históricos diferentes, que a veces se entrecruzan. Sólo se necesita revisar la historia de la Europa del siglo XIX para ver de qué manera los liberales nacionalistas y también los monárquicos temían a lo que hoy consideramos ideología democrática. De la noción ilustrada de la soberanía popular, creció una de soberanía nacional que no implicaba derechos democráticos soberanos para sus nacionales. En realidad, a lo largo del siglo XIX, el nacionalismo fue una ideología fuerte por sí misma, capaz de seleccionar, dependiendo de las circunstancias, sus propios compañeros ideológicos.

En consecuencia, para el caso específico de los estados-nación poscoloniales del siglo XIX, la creación de una ideología nacionalista incluyó la discusión en torno a la ciudadanía y la representación democrática, en tanto que estos elementos eran parte de la definición global de nacionalismo. Con un pragmatismo del que está repleta la historia, las élites de los estados-nación poscoloniales construyeron tanto una ideología nacionalista como un Estado estable, por medio de regateos y negociaciones en las que se usó o se abusó de la representación democrática, de acuerdo con el equilibrio de poder.⁷ En efecto, se puede argüir que un gobierno autoritario ha resultado ser eficaz en la definición de una conciencia nacional amplia, ya fuese en una Inglaterra absolutista que se volvió protestante por decreto, o en una Francia napoleónica que hizo perecer a la gente *pour la grande France*, o en un Estados Unidos después de la Guerra Civil cuya élite nortea vencedora impuso un panteón y un simbolismo "nacional" a toda la nación, o en un México porfiriano en el que se creía que la construcción de la nacionalidad era labor exclusiva de un Estado autoritario. Como se ve en la historia, la democracia no es un resultado popular, ni tampoco el monopolio de una entidad étnica o cultural particulares. Es un aprendizaje político que nunca tiene un significado fijo y una expresión pura y, como tal, ha tenido (o no lo ha tenido) un papel en la definición de las ideologías nacionalistas a través del mundo occidental.

⁷ Para la historia intelectual de la idea de la representación política en América Latina, y para la manera en que ésta se maniobró pragmáticamente, véase François Xavier Guerra, "The Spanish-American Tradition of Representation and its European Roots", *Journal of Latin American Studies*, núm. 26, 1994, pp. 1-35.

Pese a esto, para el caso de México, los estudios sobre el siglo XIX han puesto énfasis en la dicotomía entre las políticas tradicional y moderna, con el fin de explicar tanto el fracaso de la democracia en México, como la continuación de un particular *status quo* mexicano que, aunque antidemocrático, ha resultado ser un sistema político manejable; un sistema basado en una fachada democrática (“ciudadanos ficticios”, elecciones simbólicas y normas democráticas ideales, no factuales). En los hechos, al construir una ideología nacionalista, se ha considerado a la democracia de manera pragmática, y ha representado para la definición de la ideología nacional lo que el igualitarismo fue para la democracia estadounidense: un punto de referencia constante en el discurso político, aunque nunca el *sine qua non* de la existencia de la nación y su simbolismo. Y esto no se debe sólo a la naturaleza antidemocrática de la historia de México, sino a la naturaleza utilitaria y cambiante, amiga del subterfugio, del discurso democrático moderno.

III

En cuanto al quién de estos procesos, hay tantas explicaciones diferentes como teorías de la dominación. Se puede decir que una ideología nacionalista se genera principalmente en el entramado de poder. Cuando se habla de simbolismos nacionales, retórica y educación —todo lo cual está dirigido a formar una conciencia nacional en la gente—, se está tratando con procesos intelectuales y culturales exigentes, al alcance sólo de aquellos con acceso al poder económico, intelectual y político. Y en cada país, la creación de una imagen nacional estuvo a cargo de aquellos en el poder, pero con referencia a otras imágenes nacionales, porque estas imágenes cobraban sentido sólo a través de la globalización. Así fue surgiendo un “standard” relativamente claro de nacionalismo.

Hoy en día, ser francés, alemán, mexicano o estadounidense tiene connotaciones populares profundas. Pero la manera en que se crearon las bases simbólicas, lexicales y científicas del nacionalismo fue sólo marginalmente popular. Esto no quiere decir que costumbres, creencias y reclamos populares no hayan sido incluidos en la ideología nacionalista, pero una imagen nacional es inclusiva y está relacionada con intereses particulares, muchas veces centralizados (social o geográficamente), los cuales pueden interactuar u oponerse a los sentimientos de pertenencia locales. Las alternativas a la imagen nacional estable-

cida han estado y están presentes a lo largo de la historia y han influido en la creación de la imagen nacional "oficial" en la medida de su poder económico y militar, así como de su articulación coherente y su resonancia política y social. Pero el nacionalismo moderno no es fundamentalmente una cuestión de autenticidad sino de eficiencia, definida como dos metas mutuamente dependientes: la maximización de ganancias económicas y políticas internas (siempre históricamente definidas) y el logro y la contribución al nacionalismo como fenómeno global, internacional.

De hecho, el nacionalismo sólo en parte se relaciona con el tan discutido tema de la "identidad".⁸ Por un lado, cada vez que las poderosas nociones homogeneizadas y centralizadas de una nación se presentan como síntesis *oficiales* y *exclusivas*, varias identidades se ven afectadas. Por otro lado, el nacionalismo requiere de la constante influencia, transformación, destrucción y reinención de las tradiciones y las identidades locales. Los destinos de las diversas identidades de una nación se negocian constantemente dentro del marco del nacionalismo moderno. Sin embargo, hasta el surgimiento de la producción en masa hipermoderna y de la industrialización generalizada, la "identidad nacional" era un oxímoron: si la identidad de un pueblo se debe reflejar en una ideología nacionalista, la idea de que una sola identidad abarque a toda la nación es en sí una negación de casi todas las identidades incluidas en lo que hoy entendemos como un Estado-nación.

Sin embargo, inevitable y tristemente, discutir en torno al nacionalismo trae a cuento la discusión sobre la identidad. Antes, los pensadores liberales y radicales solían oponerse al nacionalismo, como "rechazo a la razón" (e.g., Popper) o no lo tomaban en consideración, porque la lucha de clases no conocía fronteras nacionales. Pero las nuevas presentaciones de las perspectivas liberal y marxista han reconsiderado al nacionalismo de una manera más favorable. Y para estas nuevas perspectivas, la autenticidad de una identidad nacional se ha convertido en el criterio que permite distinguir entre el "buen" nacionalismo y el "malo".⁹ Este tipo de conclusiones parece inevitable

⁸ Véase Etienne Tassin, "Identités nationales et citoyenneté politique", *Esprit*, enero, 1994, pp. 97-111.

⁹ Véanse, por ejemplo, dos casos: un esfuerzo teórico por unificar el pensamiento liberal con lo que el autor llama nacionalismo cultural, en Yael Tamir, *Liberal Nationalism*, Princeton, 1993; y una serie de nuevas sugerencias radicales para el estudio de los nacionalismos populares "alternativos" en América Latina, en Florencia Mallon, "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: A Perspective From Latin American History", *American Historical Review*, núm. 99,

mientras el nacionalismo siga relacionándose con nociones de identidad auténtica.

En países como México, hablar de nacionalismo —en términos históricos o políticos— ha significado adentrarse en el “laberinto” incaminable de la mexicanidad. Estos “recovecos” de identidad se combinan, en países como México, con la idea de la modernización: para algunos, un México verdaderamente moderno produciría un nacionalismo moderno, liberal, individualista y responsable; para otros, traería el fin del México real. De hecho, en los países latinoamericanos con gran población indígena, como México o Perú, esto ha traído la propuesta de nuevas cuasiutopías para el surgimiento del “México real” (“el México profundo”) o del “Perú real” (el de “buscando al inca”).¹⁰ Estos autores encuentran el nacionalismo alternativo, popular y auténtico en el pueblo. En una línea muy similar, en Estados Unidos hay académicos “comunitarios” que buscan redefinir sus respectivos nacionalismos frente a la fragmentación contemporánea, la falta de virtud civil, el declive imperial y el deterioro económico. De este modo, encontramos la perspectiva populista nacionalista de Christopher Lasch, quien propuso una renovación de lo que se puede llamar el “Estados Unidos profundo”: la gente estadounidense común que cree en la ética del trabajo, en la necesidad de límites económicos y morales, y en la responsabilidad política.¹¹

Me temo que estas reconsideraciones nacionalistas del nacionalismo no pueden sacarnos de los ciclos de nacionalismo que empezaron en el mundo hace dos siglos. Claro que quienes son capaces de mantener nuevas utopías merecen nuestra atención y, en ese sentido, la búsqueda intelectual de escenarios posnacionales, en países como México, Perú o Estados Unidos, encontraría una gran ayuda en las utopías, que tan militantemente se han opuesto y han criticado a las poderosas y viejas ideologías nacionalistas oficiales. Pero no debemos

diciembre, 1994, pp. 1491-1516; “Indian Communities, Political Cultures, and the State in Latin America, 1780-1990 (The Colonial and Post-Colonial Experience: Five Centuries of Spanish and Portuguese America)”, *Journal of Latin American Studies*, núm. 24, suplemento, 1992, pp. 35-54.

¹⁰ No busco revisar toda la discusión. Baste con recordar estos dos ejemplos recientes y emblemáticos: el de Bonfil Batalla para México y el de Flores Galindo para Perú. Véanse Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo. Una civilización negada*, México, 1987; y Alberto Flores Galindo, *Buscando al inca. Identidad y utopía en los Andes*, 4a. ed., Lima, 1994.

¹¹ Véase C. Lasch, *The True and Only Heaven. Progress and its Critics*, Nueva York, 1991. En direcciones similares hay propuestas menos apasionadas y utópicas, aunque menos profundas y más conservadoras, en el filósofo canadiense Daniel Bell, quien propone un renacimiento comunitario de lo que llama “comunidades de memoria”, esto es, el Estado-nación que, cree Bell, necesita ser reforzado, mantenido y defendido. Véase Daniel Bell, *op. cit.*

iniciar un nuevo ciclo de nacionalismo a partir de esta utopía. Eso sería traicionar al espíritu liberador popular que guía estos trabajos.¹²

IV

En otros países, la nación se hizo esencialmente para ser enseñada y aprehendida por la mayoría del pueblo. En cambio, en países como México, la nación creada en el siglo XIX se hizo principalmente para exhibirse, y sólo después se convirtió —y restrictivamente— en enseñable.¹³

México era un conjunto de sociedades heterogéneas, predominantemente rurales, analfabetas y dispersas. En semejante contexto, el poder del *Leviathan* para imponer una ideología nacionalista no sólo era limitado sino conscientemente recluso. Por tanto, el poder nacionalista del *Leviathan* de México residía, primero, en su control sobre la imagen nacional que se exhibía; segundo, en su estrecha capacidad de enseñar la nación solamente a una reducida pero influyente clase media urbana; y, por último, en su propia conciencia de que era imposible extender esta idea de la nación a todo el país.

Al crear a la nación por medio de su exhibición, los agentes del Estado mexicano hicieron que, internamente, se entendiera a la nación como un evento, como una ocurrencia no cotidiana. La nación no era un sentimiento individual sino una celebración colectiva, aunque efímera y excepcional. Gradualmente, las ciudades y los pueblos mexicanos empezaron a actuar a la nación en incontables exposiciones, desfiles y reuniones, tanto locales como regionales. Pero al hacerlo, personificaban una esencia que, en realidad, no existía: la nación. La homogeneización industrial de la población, las transformaciones educativas y tecnológicas, los conflictos y los enfrentamientos sociales eventualmente hicieron de esas actuaciones un sentido común. La nación se hizo pues posible porque era un drama generalizado y compartido, pero no porque dejara de ser una actuación.

¹² El propio Flores Galindo creía que la continuación de la utopía andina significaría un genocidio y explotación a la inversa. Propuso elaborar una nueva utopía combinando el socialismo moderno con la vieja utopía andina. Véase Flores Galindo, *op. cit.*, pp. 344-346.

¹³ Por ejemplo, considérese el papel de la música y las celebraciones en el patriotismo popular del México decimonónico. Véase el lúcido y detallado trabajo de Guy P. C. Thompson, "Bulwark or Patriotic Liberalism"; y también "Juan Francisco Lucas, Patriarch of the Sierra Madre Norte de Puebla", en W. Beezley (ed.), *The Human Tradition in Latin America*, Wilmington, Delaware, 1987.

V

No obstante, sería difícil sostener que la articulación de las imágenes nacionales modernas por parte de las élites tenía un carácter de clase *strictum sensu*. Sin duda, el nacionalismo ha sido maniobrado y reformulado de acuerdo con los intereses particulares de aquellos con poder económico y político. Pero más que ser el puro reflejo del carácter de una sola clase, el nacionalismo ha estado marcado por las condiciones de las negociaciones entre y dentro de las clases que históricamente lo articularon. Es decir, que las imágenes nacionales modernas requerían de múltiples mediaciones internas entre intereses económicos, aspiraciones políticas, visiones intelectuales, perspectivas culturales y circunstancias sociales locales en competencia. Más aún, dichas negociaciones siempre continuaron siendo parte de una discusión más amplia con las circunstancias, presiones, influencias intelectuales e implicaciones culturales internacionales. Los resultados de estos procesos fueron intrincados (como la negociación misma) y provisionales. Las naciones siempre están en formación, dirigidas conscientemente a extenderse más allá de intereses particulares.

Otros aspectos de las condiciones de dicha negociación influyen en la imagen nacional; particularmente la identidad regional de los articuladores y sus supuestos incuestionables, rara vez sujetos a negociación. Así, la imagen de, por ejemplo, México fue dictada por un *collage* de las élites económicas y militares victoriosas, que tuvieron a la ciudad de México como destino final. De la misma manera en que París se convirtió en Francia, o Nueva Inglaterra en Estados Unidos, la ciudad de México dio forma a la nación, al ignorar o apropiarse selectivamente de los rasgos de otras identidades regionales y sociales. Además, las imágenes de cada nación incluían varios "datos por hechos": rasgos de género, raciales, políticos y culturales que rara vez fueron sujetos de negociación.

Sin embargo, el nacionalismo mexicano moderno dio lugar a una religión cívica que era (tenía que serlo) no sólo secular sino también con ciertos aderezos jacobinos, donados por una historia de rebeliones religioso-populares y de enfrentamientos entre liberales y conservadores, marcada por intervenciones extranjeras. De hecho, la religión cívica no exigía que todas las personas en territorio mexicano fueran mexicanas, sino sólo cuando se incorporasen al ambiente real decimonónico de la ciudadanía nacional: las ciudades y el mercado.

A lo largo del siglo XIX, las intervenciones extranjeras y las guerras

de liberación, junto con las culturas y sentimientos de pertenencia locales, originaron varios patriotismos populares.¹⁴ En guerras y discursos, los articuladores de las ideologías nacionalistas usaron y abusaron de estos patriotismos populares. Por su parte, la gente se oponía, adaptaba, readaptaba y aprendía a lidiar con la idea central de la nación. La imagen nacional creada oficialmente era en verdad falsa, pero no porque los patriotismos populares pudiesen conformar la auténtica imagen nacional. Tendemos a hablar en estos términos porque le hemos asignado un valor ético a la idea de nación y puede que no dejemos de hacerlo nunca. Acaso ya haya pasado la hora, como sugirió el escritor alemán Robert Musil en los años veinte, de crear una nueva moral que no considere ni a la nación ni al Estado "como ideales, sino simplemente como objetos que tienen que corresponder a sus fines".¹⁵

VI

En países como México, que surgieron de un proceso de descolonización y llegaron tarde al desarrollo industrial moderno, el nacionalismo adquirió un rasgo específico, encarnado en el vínculo inseparable de nacionalismo y modernización.¹⁶ Para México, el nacionalismo es especialmente anacional, porque históricamente ha estado relacionado con la modernización. Es decir, para un país periférico, el nacionalismo era, sobre todo, un dictado económico: tanto un requisito como la consecuencia principal de la modernización; ésta es una composición histórica, sostenida por la idea básica de que la modernización venía de afuera. Ser una nación moderna significaba seguir, ambivalente pero constantemente, el modelo paradigmático de Europa o Estados Unidos. El progreso real y el futuro de la nación estaban en su modernización. Y los valores, el capital y la tecnología no estaban adentro sino afuera del país. Por tanto, el nacionalismo y la modernización se convirtieron

¹⁴ Hay varios estudios acerca del surgimiento de estos patriotismos populares. Para una excelente síntesis de estos patriotismos, véase Alan Knight, *U.S.-Mexico Relations, 1910-1940. An Interpretation*, San Diego, Cal., 1987; y "El liberalismo mexicano desde la Reforma hasta la Revolución", *Historia Mexicana*, núm. 35, 1985.

¹⁵ Véase la colección de ensayos publicados en alemán como *Gesammelte Werke*, editado por Adolf Frise, Hamburgo, 1978. Usé la traducción al español de esta colección, publicada como *Ensayos y conferencias*, traducido por José L. Arántegui, Madrid, 1992, pp. 95-108.

¹⁶ Desarrollo ampliamente este asunto en "México: modernización y nacionalismo", en Tenorio, *México y Estados Unidos: historias y contrastes culturales*, manuscrito sin publicar. Una versión preliminar de este ensayo se publicó en *La Jornada Semanal*, 11 de julio de 1993, pp. 20-27.

en términos intercambiables, y cada que uno de los dos elementos tuvo que ser negociado, se materializaba la dicotomía de un interior tradicional, retrasado y obstruyente, contra un exterior progresista y moderno.

La dicotomía entre el interior tradicional y el exterior modernizador ha tenido expresiones variadas en los distintos estados-nación poscoloniales. Estas diferencias se derivan, primero, de la historia particular de cada país y, segundo, del momento de independencia —en el caso de países coloniales— o del momento de aceleración del acercamiento de la nación al “Occidente”. Los nacionalismos de México o de América Latina son fenómenos del siglo XIX en colonias dominadas por países occidentales periféricos (en términos de industrialización). Sus élites nacionalistas articularon una visión muy distinta de la dicotomía interior contra exterior de la que elaboraron, por ejemplo, las élites nacionalistas de la India del siglo XX, para quienes los nacionalismos de América eran ya un ingrediente inherente del nacionalismo occidental moderno. Para los nacionalistas y anticolonialistas indios del siglo XX era claro que “cuanto mayor el éxito en la imitación de las técnicas occidentales en el dominio material [...] mayor la necesidad de preservar lo distintivo de la cultura espiritual propia”.¹⁷ Para los nacionalistas mexicanos de finales del siglo XIX y principios del XX, la meta parecía ser lo que un poeta brasileño de los años cuarenta expresó en una línea: ser “sumergido en el pasado, cada día más moderno y más antiguo”.¹⁸ Buscaban modernizar tanto el presente como la interpretación del pasado, para adquirir no sólo una épica nacional sino una épica nacional moderna.

Se podría argumentar que el nacionalismo fue, para los países poscoloniales como México, un proceso colonizador, un caso de lo que Benedict Anderson ha llamado nacionalismo criollo.¹⁹ En este sentido, los estudios sobre la India han contribuido notablemente al del nacionalismo poscolonial, mostrando la dialéctica de Este y Oeste en una compleja relación de poder. Porque, como Partha Chatterjee ha mantenido lúcidamente, el nacionalismo, como fenómeno moderno, universalista y occidental, es en verdad inescapable tanto para el Este como para el Oeste. El nacionalismo moderno constantemente ha requerido del contraste con el otro para reflejarse a sí mismo: un espejo de Prós-

¹⁷ Partha Chatterjee, *The Nation and its Fragments*, Princeton, 1993, p. 6.

¹⁸ Léo Ivo, *Acontecimento do soneto*, Río de Janeiro, 1948.

¹⁹ Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections of the Origins and Spread of Nationalism*, Londres, 1983.

pero, como Richard Morse ha dicho al comentar las visiones estadounidenses acerca de América Latina.²⁰ Chatterjee observa:

para que la Ilustración como tal ejerza su soberanía como ideal universal, necesita a Otro; si alguna vez pudiera materializarse en el mundo real como en verdaderamente universal, de hecho se destruiría a sí misma. No importa cuánto sueñe el racionalista liberal, la Astucia de la Razón no ha encontrado su pareja en el nacionalismo. Al contrario, lo ha seducido, aprehendido y encarcelado.²¹

Sin Ariel o Calibán, no hay Próspero. Un nuevo ciclo tiene que volver a empezar, una y otra vez.

Sin embargo, al tratar con el nacionalismo mexicano, no se debe exagerar la dicotomía existente entre Este y Oeste. México, al igual que el resto de América Latina, y como el propio Estados Unidos, es un ingrediente intrínseco en la creación del nacionalismo occidental moderno.²² Las independencias de América fueron experimentos históricos de liberalismo, nacionalismo y republicanism: Europa y América moldearon mutuamente al nacionalismo moderno. Con todo, los nuevos países de América Latina no eran del todo occidentales como para duplicar a Occidente, ni totalmente no occidentales, como para ser tomados por el Otro radical de Occidente. Fueron el lado olvidado de Occidente.

Así pues, México, *vis à vis* Occidente, es tradicional, atrasado y no totalmente occidentalizado. Por consiguiente, las élites mexicanas y latinoamericanas han visto al nacionalismo, la democracia y la modernidad como una especie de imágenes de espejo que se cruzan (véase la figura de la página 3). La modernidad está afuera y, por eso, el país necesita reflejar la imagen mayor que refleja la modernidad occidental. Pero esa gran imagen es ya una composición hecha de varios juegos de espejos de los propios europeos con las dicotomías modernidad-tradición, progreso-atraso, yo-otro. Los efectos de espejos no terminan ahí: lo que se considera como modernidad occidental, reproducida por las élites de países como México, queda a su vez superpuesta en el país

²⁰ Véase Richard M. Morse, *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*, México, 1982.

²¹ Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World. A Derivative Discourse*, Mineápolis, 1986, p. 17.

²² François Xavier Guerra afirma acerca de los países hispanoamericanos: "Éstos son países que pertenecen por su propio derecho —al menos en términos de los orígenes y cultura de sus élites— a un área cultural europea. Países que fueron los primeros en esta área cultural en instaurar regímenes políticos modernos..." F. X. Guerra, *op. cit.*, p. 1.

colonizado sobre muchos espejos internos que reflejan imágenes locales y versiones micro-domésticas de la imagen mayor de la modernidad. Estas múltiples interacciones de espejos dan forma al nacionalismo de un país como México y, por eso, este tipo de nacionalismo es simultáneamente cosmopolita, parroquial, tradicional y, sobre todo, inmaterial y efímero.

En suma, las naciones se han hecho históricamente de tal manera que en cualquier momento aparecen como la última versión completa de sí mismas y, sin embargo, todavía aspiran a lograr su expresión suprema. El nacionalismo ha sido, por tanto, un proceso de prueba y error, con el objetivo simultáneo de la modernización y el nacionalismo; todo esto, dentro del contexto global e inevitable del nacionalismo moderno. El adentro y el afuera se fueron haciendo cada vez más ilusorios.

VII

En México está muy extendida la creencia de que la ideología de los gobiernos posrevolucionarios fue, sobre todo, "nacionalista", y que si había un término que mejor definiera la ideología porfiriana era la "modernización". Decir que los porfirianos también eran nacionalistas y que las élites posrevolucionarias eran también muy modernizadoras es decir muy poco. Como se explicó antes, el nacionalismo y la modernización en países como México han estado vinculados históricamente. Los pensadores, antes y después de la Revolución, funcionaban dentro de esta unión. Las élites porfirianas, como las revolucionarias, buscaron crear un equilibrio manejable entre las particularidades internas, encaminadas a cumplir con los patrones universales del nacionalismo cultural y económico, y la modernización general.

Sin embargo, en el plano de la especificidad histórica, evidentemente hubo diferencias significativas en la creación de las imágenes nacionales entre el porfiriato y la posrevolución. Estas diferencias se derivaron de diversas combinaciones de una infraestructura nacionalista común (a los dos periodos), de nuevas circunstancias y de algunos nuevos íconos (en general, exigidos y aprobados internacionalmente). Se podría ver a las naciones modernas como enormes bodegas que guardan la parafernalia demandada por la modernidad y el nacionalismo. Ahí, se podría encontrar, en pilas entrecruzadas, los varios entendimientos, los diversos experimentos, el aspecto constructivo del sentido común nacionalista de hoy, todo esperando nuevos usos posi-

bles. En realidad, mientras continúe prevaleciendo el nacionalismo moderno, se seguirán encontrando, una y otra vez, nuevos usos para lo que está dentro de esas bodegas.

Se podría decir que los liberales mexicanos del siglo XIX tenían razón: los mexicanos gradualmente se fueron convirtiendo en mexicanos y llegaron a identificarse a sí mismos con una imagen nacional moderna. Para los años cuarenta, México había sufrido una transformación socioeconómica impresionante. Si, como pensaban los liberales de finales del siglo XIX, ser mexicano significaba compartir una lengua, una raza, un solo espíritu, entonces, para los años cincuenta, la nacionalidad mexicana era una entelequia más concreta que nunca antes.

Dentro de la transformación cultural del siglo XX mexicano, la ideología nacionalista que durante tanto tiempo se vino preparando, se adoptó y transformó. La familia revolucionaria, bastante autoritaria, continuó propagando y recreando la infraestructura nacionalista, de acuerdo con intereses y circunstancias muy variadas y cambiantes. Pero, así como los indígenas prehispánicos aprendieron el catecismo a su manera, los mexicanos del siglo XX adoptaron los símbolos nacionalistas como propios, pero de maneras insospechadas. Para los años cincuenta, encontramos a la Virgen de Guadalupe, Juárez y Zapata tanto en los encuentros de fútbol, donde las banderas y el chovinismo alcanzan niveles increíbles, como en el este de Los Ángeles, como símbolos tatuados en la piel de cuerpos morenos. Los símbolos fueron y vinieron de San Francisco a Tijuana, de Chicago a Monterrey y de la ciudad de México a Mérida. El cuidado y control centrales de este simbolismo se hizo cada vez más disperso. De todos modos, al hablar de la imagen nacional oficial y centralizada, el cuidado y organización de esa imagen permaneció en manos de los detentadores del poder central.

VIII

¿Nacionalismo en el ocaso del siglo XX? El poeta nacionalista catalán Salvador Espriu ha logrado capturar la ambivalencia de la conciencia nacionalista del siglo XX; ambivalencia que oscila entre el rechazo y la plena aceptación, entre la razón y la pasión, el universalismo y el patriotismo, el odio al conformismo y el amor a lo conocido. *“Oh, que cansat estic de la meva / covarda, vella, tan salvatge terra, —observa, y agrega— i com m’agradaria d’allunyar-me’n / nord enllà, / on diuen*

que la gent és neta / i noble, culta, rica, lliure...” Sin embargo, Espriú sabía que su angustia patriótica no tenía solución:

*Però no he de seguir mai el meu somnin
i em quedaré aquí fins a la mort.
Car sóc també molt covard i salvatge
i estimo a més amb un
desesperat dolor
aquesta meva pobra,
bruta, trista, dissortada pàtria.*²³

Esta ambivalencia es intrínseca a los debates políticos y académicos actuales acerca del nacionalismo, ya que sus ciclos en el mundo no han conocido final. Siempre se da la renovación de un viejo nacionalismo, o un proceso nuevo, una nación nueva que no hechiza con su espíritu liberador, su autenticidad y su pureza. Los nacionalismos culturales, étnicos o políticos aparecen como formas de un nacionalismo angelical en contraposición a los nacionalismos viejos y caducos. Si obedeciéramos las lecciones de nuestro siglo, tendríamos que estar de acuerdo con los enemigos radicales del nacionalismo, que esperan su desaparición como ideología irracional y anacrónica. Sin embargo, las naciones llegaron para quedarse, y las identidades nacionalistas son fuerzas sociales y políticas incuestionables. Ya sea por los riesgos del odio incontrolable, o por el inmenso poder que ejerce el amor a las patrias —como en el poema de Espriú—, la organización basada en las naciones parece ser nuestro presente insuperable.

Así las cosas, México —sometido a una transformación económica y política cuyas consecuencias aún permanecen en el reino de las posibilidades— podría aspirar a hacer realidad el antiguo anhelo de la modernidad verdadera para, así, hacerse de un nacionalismo moderno: al fin un nacionalismo progresista y cosmopolita. De otra forma, México podría seguir en busca de la autenticidad que permitiera definir a la nación mexicana primigenia. Muy probablemente ambos senderos habrían de desencadenar, eventualmente, nuevos ciclos de nacionalismo.

Quizá ya sea tiempo de iniciar un nuevo experimento, una revisión crítica del nacionalismo desde un punto de vista desencantado, no nacionalista, pragmático y, sin embargo, esperanzador. Sería una recon-

²³ Salvador Espriú, “Assaig de cantic en el temple”, en Espriú, *Antologia poetica*, Barcelona, 1978, p. 65.

sideración que tendría que alejarse de nuestros parámetros intelectuales e históricos actuales, pero asentada en los principios normativos que se expresan como las metas de nuestra era, los cuales, a pesar de nuestras inclinaciones posmodernas, aún conservamos: libertad, igualdad y justicia.²⁴ Hoy puede ser un buen momento para desempeñar de nuevo, con objetivos diferentes, la tarea pragmática pero imaginativa y de largo alcance que los nacionalistas mexicanos decimonónicos se echaron auestas. Si bien ellos deseaban construir una nación para su presente, también sabían que esa nación no existía; sabían que trabajaban para moldear un tiempo futuro, cuyas verdaderas dimensiones ellos mismos eran incapaces de imaginar y de dirigir.

Concibamos a las naciones no como una necesidad sino como hechos inevitables. De ser así, el objetivo sería separar de esta inevitabilidad del azar histórico cualquier sentido de orgullo y superioridad. Dicho de manera más específica, el objetivo sería separar de las ideas nacionalistas cualquier identidad poderosa y connotaciones ciudadanas. La identidad y la ciudadanía deberían discutirse en forma independiente de los debates acerca del nacionalismo. Liberada de las connotaciones poderosas de ciudadanía e identidad, la idea acerca de la nación podría transformarse en una historia simple, sólo una más, una especie de unidad geográfica e histórica tangible y bien delimitada capaz de usarse como un marco administrativo y como una arena definida de discusión de problemas sociales, políticos y económicos. Si se siguiera este camino experimental para pensar a la nación, se podría concluir que la meta fundamental de aquella no es su existencia *per se*, sino la solución de los problemas y el bienestar de sus habitantes. En principio, la nación sólo debiera defenderse si se le considera indispensable para alcanzar dichas metas. De no ser así, deberíamos estar preparados, al menos teóricamente, para considerar la disolución de la nación. En este sentido, podríamos hacer de las naciones una útil “mentira noble”, intelectualmente hablando: un marco de acción no fijo, dinámico, temporal, autodestructible y, sin embargo, estable y útil.

De tal forma, el nacionalismo —si nacionalismo acaso— podría transformarse en una preocupación social de tres vértices: en primer lugar, la preocupación de construir una nación que permita el funcio-

²⁴ No considero esto como un sistema de valores homogéneo y óptimo, sino como un marco general e inevitable en el que se articulan los programas sociales y políticos en los países occidentales modernos. Una excelente reseña acerca de la complejidad y la diversidad de las propuestas modernas de la Ilustración se encuentra en Daniel Gordon, *Citizens without Sovereignty: Equality and Sociability in French Thought, 1670-1789*, Princeton, 1994.

namiento político y cultural de una ciudadanía plena. Esto es, sin ser una ciudadanía nacional particular, la nación sería el marco que garantizara los derechos y las expresiones de la ciudadanía política y cultural; un marco de reglas claras de coexistencia humana, autonomía, libertad, tolerancia, justicia y discusión democrática. A esto se debe que, en ciertos momentos de la historia, el nacionalismo pueda llegar a ser simplemente la lucha interna por una ciudadanía aceptable *de facto*, aunque si esto significa oponerse a la nación como esa idea apropiada por un Estado incapaz de garantizar el ejercicio de dicha ciudadanía política y cultural.

En segundo lugar, este nacionalismo experimental estaría preocupado por la pluralidad y la permeabilidad de las fronteras históricas, físicas y culturales de la nación. Esto sería el nacionalismo, en primer lugar, de una nación de ciudadanos, después de una nación de naciones y, finalmente, de una nación hecha de comunidades internacionales de problemas, preocupaciones e intereses. Si una nación de este tipo no mantiene prescripciones de identidad poderosas, entonces las fronteras de identidad serían permeables: varias identidades podrían coexistir e incluso podrían entrar en conflicto sin que hubiera pretensiones de enarbolar visiones puras, distintivas y únicas de la identidad de la nación. Ésta podría defenderse como el marco de negociación de dichas identidades, las cuales entran en conflicto y coexisten en el intento por acrecentar su influencia en la cultura con la que el mundo cuenta para bien o para mal: una cultura urbana más o menos cosmopolita que permea los debates acerca de las identidades en todas las naciones. Una cultura hecha de referencias comunes y de valores globalizados que circulan por todo el orbe a través de las migraciones y los medios de comunicación. Para bien o para mal, esta cultura no sólo ha hecho más homogéneo el interior de los países, sino que ha hecho lo mismo con la cultura mundial. Las identidades dentro de los países y entre ellos mismos conllevan el estigma de esta cultura, la cual es cercana a la primera *Weltanschauung* de carácter mundial.

Sin embargo, tanto la visión global como la modernidad misma han creado problemas y preocupaciones que trascienden la definición tradicional de los estados-nación. Así, la nación puede pensarse como unidad administrativa permeable, constituida por comunidades de preocupaciones intra y extra nacionales. La ecología, los conflictos étnicos y los derechos humanos son sólo algunos ejemplos de los temas que debieran formar parte de la agenda internacional de toma de decisiones. En este sentido, la soberanía adquiriría un significado nuevo

y distinto de la definición clásica de la Ilustración, cuya denotación, empero, no podemos, todavía, vislumbrar con claridad.

Aun así, este nacionalismo experimental tendría que enfrentar una tercera condición: la preocupación tradicional acerca de la definición de la economía en un sentido nacional, aunada al tema de la cultura nacional. ¿Es posible que las naciones mantengan su papel tradicional como actores económicos y como entidades culturales? Al respecto, sólo puedo esbozar algunas conclusiones matizadas por mis investigaciones y por mi experiencia personal del nacionalismo mexicano.

Si una nación es incapaz de cumplir con los papeles anteriores (*e.g.*, capacidad para garantizar una ciudadanía, una identidad permeable), no tendría caso hablar de políticas económicas nacionales. Ahora, si la nación es capaz de cumplir con dichas prescripciones, se podría argumentar, en términos económicos, que el sentido de nación dejaría de tener significado si no se le dotara de una meta específica y general. Dicha meta podría definirse como el crecimiento y el desarrollo económicos; empero, si se le priva de mayores especificaciones, dicha meta es irrelevante para el nacionalismo experimental que aquí se analiza. El crecimiento y el desarrollo nacionales podrían implicar la consolidación de una burguesía nacional, el fomento de la inversión extranjera, la participación en los mercados internacionales o los acuerdos comerciales... Con frecuencia las políticas económicas no se definen de acuerdo con leyes científicas invariables; más bien suelen apearse a las fuentes de riqueza actuales, a teorías, intereses, modas, y a circunstancias por demás azarosas. Por eso, una política económica nacional —si acaso nacional— no sólo tendría que definir una meta económica. Si nuestro destino es vivir en un mundo hecho de economías nacionales se esperaría discutir en forma explícita metas extraeconómicas de carácter filosófico, político y social capaces de justificar aquello que es “nacional” de las conductas y las políticas económicas. En países tales como México, la noción de desarrollo ha adquirido una naturaleza cuasimítica, como el paraíso *de illo tempore* del empleo completo, la distribución de la riqueza, la comodidad y la seguridad. Por sí solas, las políticas económicas “nacionales” son incapaces de justificar dichos anhelos. Metas sociales y políticas de corto plazo, alcanzables y verificables servirían mejor como justificación de las políticas económicas “nacionales”. Así, pensar estos principios sería la frontera que habrá de conquistar el nacionalismo experimental que aquí tan sólo se delinea.

Dadas las condiciones que impone una cultura nacional, el nacionalismo experimental que analizo halla un obstáculo importante. Una

cosa es definitiva: no podemos abdicar las culturas nacionales modernas. Ahora, ¿debiéramos ensalzarlas? ¿Debiéramos protegerlas de las influencias y los contactos externos? ¿Debiéramos prevenir su extinción? ¿Las necesitamos como medios del desempeño social y cultural de las sociedades modernas? ¿Debiéramos esperar el tan empecinado anuncio del fin del nacionalismo? ¿Cómo sería un orden de culturas no asentado en el nacionalismo? Ningún contemporáneo debiera ser criticado por su incapacidad para responder en forma definitiva a estas preguntas.

Desde la perspectiva acotada del nacionalismo experimental, sería necesario examinar si la nación ha dirigido su atención hacia las dos preocupaciones anteriores, antes de iniciar el debate acerca de la cultura nacional. Si la nación no es capaz de garantizar los derechos de una ciudadanía política y cultural, y si no logra separarse de la prescripción de una identidad poderosa, no existe la necesidad de abordar la cuestión de una cultura nacional. Dado el caso de México, esto significaría, por un lado, limitar empíricamente la discusión del nacionalismo al cómo y al cuándo se garantizaría plenamente la ciudadanía política y cultural de los habitantes del país (lo que incluiría una transformación institucional y educativa) y, por el otro, separar al nacionalismo de la polémica acerca de la autenticidad de la identidad. Por sí solo, esto sería capaz de consumir mucho tiempo y muchas reflexiones. Llegado el tiempo en que nuestra nación experimental hubiera agotado y consumado estos talentos, el tema de la cultura nacional podría debatirse globalmente de modo por completo distinto al actual. Más aún, quizá para entonces podríamos concebir nuestra "cultura nacional" en forma muy diferente.

Muchas naciones fomentan discursos nacionalistas que casi siempre son, en los sentidos racial y cultural, exclusivistas y capaces de formar parte de las "doctrinas de la seguridad nacional". ¿Debiera hacer eco de este tipo de discursos un país como México, dotado del profundo y enraizado nacionalismo posrevolucionario que un Estado autoritario, corrupto, ineficiente y demagógico ha utilizado y del que también ha abusado? Un nacionalismo experimental mexicano tendría muchos quehaceres antes de aceptar una definición de la cultura nacional, y antes de rendirle su cuidado y fomento a un Estado. Históricamente, la idea de la nación se ha esgrimido en México para que metas políticas, sociales y económicas permanezcan en una pausa continua: ¡la patria es primero! La intención del nacionalismo experimental sería poner en pausa a la nación; intentaría diezmar la credibilidad de la

nación hasta que se satisficieran las urgentes necesidades políticas, sociales y económicas actuales. Este cambio de prioridades es lo mejor que se me ocurre hacer al discutir hoy el nacionalismo.

Por supuesto que el yanqui, argumentarían los nacionalistas mexicanos, ahí está, listo para hacerse de los abundantes recursos de nuestra nación. Este sentimiento, con sustento histórico, ha servido durante largo tiempo para consolidar una conciencia nacionalista mexicana. Sin embargo, la nación no puede escapar al influjo internacional de capitales, de ideas y de modas. En sentido cultural, defender una cultura nacional es como querer proteger celosamente una parte del aire nacional poniéndolo tras las rejas. La cultura se mueve e interactúa de maneras incontrolables. Por supuesto, en México hay una noción innegable de "nosotros" que, sin embargo, el nacionalismo tradicional mexicano es incapaz de expresar, y que no está en riesgo ni aquí ni en ninguna otra cultura nacional. Defender lo que tradicional y oficialmente se entiende como la nación mexicana bien podría ser reivindicar principios culturales y políticos que, de otro modo, no apoyaríamos. En cambio, desmantelar nuestro arsenal nacionalista significaría una declaración política y cultural para otras naciones. Así las cosas, nuestro máximo orgullo nacional sería la capacidad para mofarse de los nacionalismos.

Con todo, éstas sólo son reflexiones acerca de un mundo irreal; son sólo "*news from nowhere*".